

ARLEQUIN

(Traducido para la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, por Rafael Escobar Roa)

Son las seis y media de la mañana : un elegante cupé cruza, al trote largo de un soberbio bayo cerezo, el ancho bulevar de Montparnasse ; llama entre todos la atención este carruaje, no sólo por su elegancia misma, sino también por los bruñidos y lucientes arneses del caballo y por el buen porte del auriga, que, más serio que el mismo Automedonte, empuña hábilmente las riendas con una mano, en tanto que con la otra levanta de tarde en tarde el látigo, para acariciar, más bien que castigar, al generoso bruto.

En el interior de aquel cupé y reclinado negligentemente en los mullidos almohadonesse halla el conde de Hullión : el largo sobretodo, mal abotonado, deja ver su extraño traje de Arlequín.

El Conde de Hullión ha sido siempre un mundano incorregible ; amante furibundo del placer, buscarlo siempre á toda costa fue su única regla de conducta. Tiene en la actualidad treinta y cuatro años de edad, buen porte y una fortuna bastante á satisfacer todos sus caprichos.

Años atrás contrajo ventajoso matrimonio, pero tal paso no dio seriedad alguna á su vida ; antes bien hizo el Conde de su joven esposa nuevo objeto de lujo y no perdió ocasión de lucirlo ante el mundo, en toda suerte de fiestas y espectáculos públicos. La muerte interrumpió por breve tiempo su vida de placer, arrebatándole á aquella mujer á quien amaba entrañablemente ; pero la tristeza es tan pasajera casi como la dicha ; en breve se cicatrizó aquella dolorosa herida, y la fiebre del placer vino de nuevo, disculpada ya en cierto modo á los ojos del Conde : era preciso aturdirse ; apartar de sí, siquiera momentáneamente, el recuerdo de una felicidad perdida para siempre.

Pero no quedó solo en el mundo : su esposa no lo abandonó por completo, pues le dejó un recuerdo queridísimo

en una linda niña, destinada por ella, según pensaba el Conde, para ayudarle á llevar la carga de la vida, hasta que en otra más feliz se reunieran los tres para no separarse ya nunca. El Conde amaba con toda el alma á aquella linda niña, á pesar de ser un obstáculo para su vida alegre : no eran pocas las fiestas á que había rehusado asistir en el último invierno, sólo por permanecer al lado de su compañerita tan amada. ¡ Y qué placer tan intenso llenaba el corazón del Conde cuando al volver al hogar lo salía á recibir la pequeñuela, y graciosa y amante enlazaba los bracitos al cuello de su padre, y recibía sus besos amorosos ! Ahora entraba en los doce años de edad, y á medida que en ella se anunciaba la hermosa juventud, el Conde amaba menos el placer, y el hogar, embellecido por la presencia de aquel ángel, lo atraía cada vez con mayor fuerza. Sin embargo la pasión reclamaba de pronto sus derechos y el conde de Hullión renovaba para con su hija las constantes infidelidades.

Pues bien : ocho días antes de aquel en que lo vemos, vestido de Arlequín, cruzar el hermoso bulevar Montparnasse, el Conde había recibido invitación para concurrir á un baile de máscaras que debía verificarse en los suntuosos salones y jardines de un rico amigo suyo. ¡ Un baile de disfraz ! La tentación era irresistible.

Pero surgió un obstáculo : Rosita de Hullión debía hacer, á la mañana siguiente al baile de máscaras, su primera comunión, y la primera comunión de un hijo es cosa seria : es á la vez un acto encantador y solemne al cual ha de asistir precisamente todo padre que sepa serlo de veras. El Conde se sentía obligado á concurrir á tal ceremonia ; lo consideraba deber ineludible.

Pero ¿ faltar á la galante invitación de amigo tan querido ? ¿ Privarse de concurrir al tan ruidosamente anunciado baile de máscaras ? Eso no podía ser de ningún modo. Y ¿ cómo compaginar aquellas dos cosas tan contrarias ?

Encerrado en su frío y silencioso gabinete, el Conde meditó por algún tiempo. Pero cuando se trata del placer sabe vencerse todo obstáculo, y el Conde llegó á una solución muy filosófica: concurriría al baile de disfraz y tendría cuidado de retirarse á tiempo para asistir á la sagrada ceremonia: ¿Qué había en esto de malo? ¿No es acaso la vida una serie continua de contrastes?

Resuelto de manera tan feliz el asunto, pensó el Conde en otro no menos importante: ¿cuál sería su traje de disfraz? Esto exigía madura reflexión, y el Conde meditó nuevamente. Pero su fantasía era fecundísima en tales casos, y bien pronto concibió una idea muy original: un traje de Arlequín, soberbio pensamiento!

Y el éxito fue completo: viérasele delante de un espejo de cuerpo entero en las primeras horas de la noche en que debía verificarse el baile, saborear de antemano su triunfo. Vestido de disfraz más peregrino y completo no se había visto nunca: una chaquetilla muy bien ceñida al busto y hecha de terciopelo de variados colores mezclados caprichosamente; el pantalón á la rodilla hacía juego con ella y se terminaba en una media blanca cuyo extremo inferior iba á perderse entre la zapatilla de cuero bermellón con doradas hebillas; del cinturón dorado desprendíase el magnífico sable de madera; aquel sable que lo haría triunfar siempre sin causar daño á sus adversarios; y el clac, en fin, de fieltro gris adornado con plumas amarillas. Todo estaba perfecto.

Verdad que los mostachos del moderno Arlequín eran un poco largos, pero ¿cortarse aquellos soberbios bigotes? Eso de ningún modo! Sería una innovación que produciría éxito completo!

Muy satisfecho de sí mismo marchó el Conde á la fiesta. Su entrada fue saludada con ruidosos aplausos! Traje más original no se había visto nunca. Se le aplaudió; se le comentó; no faltó quien quisiera copiarlo.

Y Marco de Hullión se entregó por completo á la alegría del triunfo; y de la alegría pasó al ciego regocijo, y

de éste á la embriaguez: nada existió entonces para él fuera del instante presente. Y las horas se deslizaron rápidas como nunca, y brilló de pronto á los ojos de nuestro personaje la aurora del día en que había de celebrarse la comunión primera de su hija queridísima.

El Conde había sido sin saberlo infiel á su programa: en una fiesta tan elegante va contra la etiqueta consultar el reloj; eso sería hacerle al placer una injustificable irreverencia. Por eso no advirtió la rapidez con que pasaron las horas, y fue el último en dejar los suntuosos salones y jardines donde se dio la fiesta. ¡y ahora, cuando somnoliento y desfallecido se encamina á casa en su lujoso cupé, apenas es capaz de concebir la más insignificante idea.

Delante del carruaje se extiende el bulevar largo, interminable; á uno y otro lado lo limitan elevados edificios que sólo por intervalos dejan ver á lo lejos jirones de cielo; la mañana tiene todo el esplendor y frescura de las de Mayo; ni la más leve brisa agita el ramaje de los árboles, y sobre el polvo del bulevar se desliza el carruaje silencioso.

Contra la costumbre ordinaria el tránsito está muy animado aquella mañana, y con razón: la comunión primera de infinidad de niños va á celebrarse en una de las iglesias vecinas, y numerosas bandadas de pequeñuelos se encaminan al templo acompañados de sus padres y maestros: los varoncitos visten de negro, pero llevan blancos los guantes y la corbata; las niñas son todo blancura. desde el velo sutil que cubre la cabeza hasta la zapatilla de raso que parece apenas tocar el pavimento. Unos y otros, armados de cirios, semejan nuevos caballeros de Cristo que se encaminaran al lugar de la liza.

El ejército aumenta por segundos: de las calles laterales desemboca á cada momento un nuevo pelotón; en todos los semblantes infantiles resplandece la dicha más pura; á aquellas centenas de pupilas ardientes se asoman otros tantos centenas de almas inmaculadas, impa-

cientes por llegar al festín en donde han de saciar un ardoroso apetito de amor; en donde han de recoger con los labios no una gota de las delicias celestiales, sino el mismo cielo.

El hombre inteligente y experimentado sigue con mirada pensativa á aquéllos pequeñuelos, como si algo muy grande pasara ante sus ojos; los demás, los oscuros, como aquella anciana vendedora de pan, se detienen; colocan en el suelo su cesta y contemplan con ternura aquel blanco desfile de inocencia.

Sólo un hombre talvez de los que transitan por allí no percibe este hermoso é imponente espectáculo: es Marco de Hullión que sigue al trote largo de su bayo cerezo.

La somnolencia le invade casi por completo; sus párpados se cierran lentamente, como si el Conde quisiera mirar á su interior: piensa en el baile de máscaras que acaba de dejar, y sonrío de cuándo en cuándo al recordar algún alegre detalle de la fiesta.

El cupé se detiene por fin delante de un suntuoso hotel situado á un lado del mismo bulevar. El Conde no espera que el postillón abra la portezuela; súbese el cuello del levitón, cúbrese con él lo mejor que puede y salta del carruaje; franquea la escalinata del jardín; mira apenas los rosales en flor y se encaminó á su gabinete. De paso, y obedeciendo al hábito, quítase el capote y lo suspende de una percha junto con el clac de Arlequín. Llegado á la puerta del gabinete se para sorprendido.

II

Ha llegado, pues, para Rosita de Hullión el día tan soñado, el día de su primera comunión. El corazón de esta niña, de doce años, es un tesoro de ternura y sensibilidad: cuando vino al mundo se encontró frente á frente de dos seres: su padre y Dios. Por eso á estos dos seres los ama con el alma. Tiene, es verdad, sus amiguitas, sus juegos, sus entretenimientos de toda clase, pero nada reemplaza

para su corazón á aquellos dos seres tan queridos ni á aquella madresita ausente, cuyo retrato colocó á la cabecera de su lecho, al pie de un crucifijo de bronce.

Su padre ha sido siempre un sér accesible; lo ama más día por día; le cuenta una parte de sus penas y él sabe consolarla con besos y caricias; sus otras tristezas, aquellas que no quisiera confiar sino á su madre, en ausencia de ésta, se las cuenta á Dios en sus plegarias. De EL ha querido recibir también una caricia, un beso, y ha llegado el gran día. Hé aquí que Dios viene á ella, y tendiéndole los brazos amorosos le dice: "Vén; quiero unirme á ti; quiero nutrirte con mi carne y mi sangre."

Rosita madrugó mucho aquel día; necesitaba largo tiempo para su tocado: era preciso estar muy bella para acercarse á Dios. Terminado el tocado y pronta ya á marchar al templo, dirigió una mirada al espejo; la imagen que en él se pintó la dejó plenamente satisfecha: el largo velo de muselina blanca cubría un vestido modestamente cerrado hasta el cuello; la toquilla sencillísima ocultaba solamente una parte de sus cabellos y coronaba como ligera nube aquella carita de brillantes ojos.

Rosa, contenta al verse tan guapa, dice: "Ahora quiero que mi padre me vea y me dé su bendición."

A estas palabras la amiga institutriz que la acompaña se inmuta; una gran seriedad reemplaza su habitual sonrisa.

—¿Ver á su papá?—exclamó—No sé si lo conseguirá por el momento. ¿Quiere que me informe?

—Por supuesto.

La institutriz salió, y Rosa esperó sonriente la llegada de su padre. Grande fue su contrariedad cuando de vuelta la institutriz le dijo:

—Señorita: el Sr. de Hullión no está en casa por el momento.

Rosa hizo un gesto de admiración.

—¡Cómo! ¿Salió ya? No tardará en volver, ¿no es cierto?

—Sí, señorita: el Sr. de Hullión volverá pronto, sin duda.

—Por lo demás—dijo Rosa—bien se puede esperar: me he levantado muy temprano y no puede ser tarde.

Como para responder á estas palabras, el reloj de la chimenea dio la campanada de las seis y media al mismo tiempo que Rosita miraba la muestra.

—¡Las seis y media!—exclamó—pero este reloj está adelantado, señorita. Matilde.

La institutriz movió ligeramente la cabeza.

—Nó, señorita—dijo—el reloj marcha bien: son las seis y media.

Rosa experimentó una emoción penosa. Se hallaba en una situación bien crítica: debía haber á las siete su primera comunión, y el confesor le había recomendado que, antes de encaminarse á la iglesia, pidiese á su padre la bendición y el perdón por las faltas que contra él hubiera cometido. La tarde anterior no lo había visto; ahora no está presente y son las seis y media! Sin recibir la bendición paterna no quiere ir á la iglesia; ¿habrá de faltar á la ceremonia? Sólo el pensarlo la horroriza.

—Está usted equivocada sin duda—dijo la niña mirando ansiosa á la institutriz: mi padre no puede estar ausente el día de mi primera comunión; eso es imposible. La institutriz no respondió.

—¿Sabe usted dónde está?—continuó Rosa con voz vibrante—Búsquelo y dígame que lo espero.

Matilde inclinó la cabeza con pesar; ¿sabía acaso dónde podía encontrarse aquel enamorado del placer? Ah! Si lo supiera correría en su busca. Se sintió indignada contra el Conde, y para no dejar conocer sus sentimientos, dijo á la niña:

—Vaya usted misma á golpear á la puerta del Conde y á cerciorarse de su ausencia. Quizá haya vuelto ya.

Rosa se lanzó ansiosa al cuarto de su padre, golpeó y nadie respondió; volvió á golpear, y el mismo silencio; un tercer golpe no obtuvo tampoco resultado. Entonces, llevada por una especie de desesperación, empujó con vigor la puerta, y abierta ésta, penetró al aposento de su padre. De una sola mirada lo examinó: el Conde no estaba allí.

Rosa experimentó un intenso dolor, un profundo desfallecimiento, una inmensa tristeza; se dejó caer sobre un sofá, y sin verter una lágrima ocultó la cabeza entre las manos.

No estuvo largo tiempo abismada en este océano de amargura; bien pronto percibió unos pasos pesados y vacilantes. Levantó la cabeza, y un gesto de estupor se pintó en su semblante. Allí estaba Arlequín.

Se había detenido estúpidamente en el dintel que no osaba franquear; en un instante lo había comprendido todo. Más pálido que el blanco vestido vio el Conde el semblante de su Rosita amada; de aquel pedazo de su corazón que el insensato había olvidado en el día más grave de la vida; y todo por un placer frívolo y pasajero. ¡Oh! ¡malditos placeres! ¡maldita debilidad la suya! Cambiar por una dicha tan mezquina el goce más puro y legítimo que puede experimentar el corazón de un padre. Aquello había sido un verdadero sacrilegio.

Rosa permaneció por un momento estupefacta. Sus ojos, enormemente abiertos, miraban á Arlequín con admiración y aturdimiento.

Pero esto sólo duró un instante; el sentimiento de la realidad vino bien pronto. Se llegaba rápidamente la hora de acercarse á Dios que la esperaba. Levantose del sofá; lanzose hacia su padre y cayó de rodillas ante Arlequín.

—¡Papacito! dijo, juntando las manos; le he causado sin duda muchos disgustos con mis desobediencias, mis impaciencias y todas mis imperfecciones; le ruego me perdone estas faltas, que detesto, y le pido la bendición.

A tales palabras dichas con voz trémula por aquel ángel que con las alas plegadas le pedía perdón, á él, el hom-

bre frívolo, vestido aún como un saltimbanqui, Marco de Hullión sintió su corazón profundamente indignado contra sí mismo, y á la vez experimentó una inmensa ternura, hacia aquella hijita amada, delante de la cual él hubiera querido ponerse de rodillas. ¿Osaría levantar la mano para bendecirla? ¿Tendría el degradado Arlequín derecho de bendecir al ángel? ¿Cuál de los dos debía ser perdonado?

El Conde no se atrevió siquiera á abrazar á su hija, y le dijo:

—Véte para el templo, queridita mía, y hazme guardar un lugar cerca del tuyo. Me uniré á ti dentro de un momento, y entonces te daré mi bendición, porque ahora.... ahora no puedo hacerlo.

Y cuando Rosa, después de estas palabras, dichas con inmensa ternura, se encaminó al coche que la esperaba, Marco de Hullión agregó:

“No, no te puedo bendecir ahora, porque no tengo derecho, porque soy indigno de hacerlo.”

III

La iglesia parroquial celebra hoy una de las más imponentes y encantadoras fiestas del culto católico: una primera comunión de muchos niños.

La nave está de bote en bote: los niños están colocados en primer término; luégo vienen las niñas, que son más numerosas; parece como si hubiera caído sobre la nave una inmensa lluvia de copos de nieve. Los padres y maestros están separados de los niños por una ligera balaustrada de madera. La variedad de trajes en aquéllos revela las distintas clases sociales á que pertenecen: con los niños no sucede lo mismo; parecen ser todos de condición idéntica; todos son allí hijos de un mismo padre: hijos de Dios.

Los concurrentes á la fiesta contemplan á los niños, unos con curiosidad, con ternura los más; el órgano deja oír una conmovedora armonía; el incensario, batido ante el altar, lo inunda en una nube de humo perfumado; la infantil falange, alza al cielo sus preces.

El altar ha sido adornado con sencillez y esmero; abundan las flores, y los arbustos, cuyas verdes hojas abrillanta la luz de los cirios. En lo alto del altar está la Santísima Virgen; la que primero comulgó en el mundo cuando recibió de manos de San Juan el cuerpo de su divino hijo: extendidas las manos, preside la augusta ceremonia.

Rosa, ceñida á la balaustrada que separa del público á los niños, sigue con fervor el oficio divino en su devocionario ricamente adornado de grabados y viñetas. De tiempo en tiempo separa los ojos del libro para contemplar en una mirada interior á Dios, y le dirige una plegaria íntima.

En uno de esos momentos de elevación espiritual, experimenta un nuevo placer que pone el colmo á su alegría: sus ojos tropiezan con los del Conde, que la mira con ternura; se cruza entre los dos una dulce mirada.

El Conde lleva un traje severo; sus facciones han recobrado su expresión digna y seria; sólo los ojos están un poco enrojecidos. ¿Será esta una última huella del baile de máscaras ó será huella dejada por las lágrimas? Difícil sería decirlo. En todo caso, Arlequín está muy lejos por entonces.

Un instante antes de la elevación, vibra la campanilla, y todo el concurso se pone de rodillas. Entonces el Conde se inclina hasta tocar casi con la frente la cabeza de su hija, y le dice en voz baja: “Te bendigo, hija mía, y te perdono las ligeras faltas que hayas podido cometer para conmigo. Cuando estés en la sagrada mesa, píde á Dios y á tu madre que ellos también me bendigan y.... me perdonen.”

F. FLEURIOT-KÉRINOU